

Posdatas universitarias de Octavio Paz

Jorge Medina Viedas

Al morir, muchos escritores mueren con su prosa. O tardan años para revivir en sus libros o en su obra como pasó con Sandor Marai o con Joseph Roth. Diez años después de su muerte, al volver a las páginas de Octavio Paz, queda la sensación de que estamos frente a un escritor del presente: nos situamos frente a una letra viva, intensa, joven e iluminadora.

Hombre de ideas y de pensamiento profundo fue, sin duda, un hombre de polémica. Su enorme dominio sobre la palabra y el verbo, le dio el poder de la República de las letras. Se permitía desplantes de intolerancia y de generosidad. A pesar de ello, con él era posible el trato fácil y amable. Mucho dice de su personalidad el juicio de sus cercanos. Christopher Domínguez, con motivo del fallecimiento del poeta, expresó: "Hace diez años entré al Consejo de la revista Vuelta y tuve la oportunidad de trabajar con Paz y conocerlo, no tanto como amigo sino como discípulo, y quizá la pasión fundamental que me transmitió Octavio se encuentra en el título de uno de sus libros, La pasión crítica: la concepción de que toda idea debe estar sujeta a ser puesta en duda o dinamitada. Octavio Paz era una persona de trato difícil; cambiaba de la generosidad a la exigencia con mucha rapidez".

En 1982, en Madrid, con motivo de la presentación del libro, Las trampas de la fe, en la Universidad Autónoma de Madrid, Paz dictó una conferencia en el auditorio principal. El local estaba a reventar de jóvenes y de los profesores del claustro. Paz no vaciló ni en el preámbulo. De pie, en un pequeño podio, comenzó a hablar en medio del silencio monacal de la multitud. Al concluir, el aplauso pareció como una explosión ensordecedora, un estallido ordenado y armónico, como una masa de cristales que se desmoronaba durante varios minutos. Al término del evento, durante la comida, fui uno de sus orgullosos y afortunados invitados a su mesa. No escatimó la conversación. Su voz pausada fluyó sin reticencias. Advertí una cierta timidez, inclusive. Su tema fue México y por alguna razón hablamos de Pablo González Casanova y de Heberto Castillo.

Aunque diga mucho para mí, esta anécdota no revela gran cosa para la historia, pero sí habla de que México ocupaba un lugar central en su vida. O mejor, la historia, el presente y el futuro del país estaban en su pensamiento de manera permanente.

Intelectuales, universidades y política

Entre los innumerables temas políticos de los que se ocupó Octavio Paz, junto al del papel que los intelectuales deben desempeñar ante el poder, el de los movimientos estudiantiles y magisteriales y la influencia de la política en las universidades, ejercieron sobre él un especial atractivo.

Los consideró ámbitos de la izquierda y de la inteligencia mexicana, por lo tanto, punto de referencia de sus preocupaciones políticas e intelectuales y elementos de justificación para examinar la realidad del país.

Sostuvo con los protagonistas principales un diálogo que perduró toda su vida. Un diálogo que a veces fue monólogo y regaño, advertencia y pontificación. Pero Paz escogió a sus interlocutores y ésa fue la izquierda. Era con ellos con quienes quiso establecer esa relación que nunca fue fácil ni tersa.

Intelectuales, universidades y política no fueron para él un tema banal o secundario. Conformaban una parcela donde pudo sembrar, establecer y cosechar inquietudes y visiones del país y del mundo; en ella expuso con aguzada perspicacia sus alegatos y sus ideas; se

batió contra la intolerancia y la sinrazón, y como todo heterodoxo, conoció de los sinsabores del exilio inter-no y del exilio real. Fue, incluso, como los luchadores de la reforma protestante o como los creyentes de dudas cartesianas, perseguido y hostigado por las iglesias laicas, los partidos de izquierda, y no murió en la hoguera, pero su efigie de poeta e intelectual maldito fue quemada en la Avenida Reforma de la Ciudad de México.

En momentos de grandes mudanzas sociales y graves convulsiones políticas en el país, cuando las universidades concentraban la disputa del proyecto nacional como en el movimiento de 1968, o en los años sucesivos de los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo, y aun durante las huelgas que estallaron en la UNAM de la década de los setenta y ochenta, Octavio Paz mantuvo ojos y espíritu abiertos a ese proteico mundo universitario e intelectual, y sus escritos trazaron líneas luminosas y febriles, y al mismo tiempo, desataron innumerables reflexiones y polémicas.

No fueron sus acercamientos fruto de la espontaneidad "académica" de un hombre docto, ni reflejo del "ciudadano" ante una coyuntura azarosa de la vida nacional. Fueron mucho más que eso, y en un sentido estricto, exactamente todo lo contrario. Su mirada sobre México no tuvo desapegos. Fue su pasión vital y ni sus largas ausencias del territorio, lo alejaron de sus palpitaciones políticas y sociales.

Como ante muchos otros hechos del siglo XX mexicano y de otras naciones, Paz ejerce pasión y razón. Las batallas que emprendieron los estudiantes por la democracia, la travesía laberíntica de la izquierda y la activa presencia de grupos de profesores e intelectuales en ese espacio daban forma a una visión y a una idea en la cual el poeta hallaba la razón de sus desafíos intelectuales, los cuales lo acompañaron a lo largo de toda su vida.

Esa descomunal "pasión crítica" con la que ejerció su oficio de escritor y de pensador profundo estuvo siempre al mando de todas sus reflexiones y posturas. Ante los sucesos universitarios más relevantes del siglo XX, mientras vivió, Paz encontró más que buenas razones para tomar parte de un debate en el que realmente estaba en destino el país. Las conductas de los protagonistas marcaron sus conceptos, visiones y reflexiones. Arraigó en él la convicción de contribuir a enriquecer el debate, que era una manera de retornar una y otra vez sobre lo que fue (y así lo llamó) su idea fija: México.

Relacionados con esta fijación, en esta nota se trata de hacer un breve (y preliminar) repaso de varios episodios que considero relevantes en la vida de uno de los más grandes escritores de habla hispana, los cuales fueron seleccionados arbitrariamente. En una primera parte, se describen algunos datos biográficos del entorno juvenil universitario de Paz; en un segundo término, refiero algo de sus polémicas con los comunistas y la izquierda, para desembocar en el momento de 1968: luego hago una revisión sobre dos momentos de la vida de la UNAM, en 1972-1973, y 1977. En cada uno se despliegan sus polémicas caracterizaciones sobre aquellas circunstancias y sus debates con la izquierda universitaria.

Paz y sus raíces en la Escuela Nacional Preparatoria

Paz ha escrito y contado su paso por la Universidad Nacional, por la Escuela Nacional Preparatoria. Estudió el bachillerato de filosofía y letras en el histórico edificio de San Ildefonso. Tiene 15 años entonces y participa en la huelga de la Universidad Nacional por la autonomía de 1929 pero no se une al movimiento vasconcelista como muchos de los líderes del movimiento lo hacen.

Paz mezcla en esa etapa la lectura de poesía con la militancia política que la propia realidad política, de la cual no podía escapar. Recuerda con gratitud a quien fue su profesor, el poeta

Carlos Pellicer de quien lo deslumbran sus historias sobre Florencia y Chichen-Itzá y sus lecturas de poemas modernos.

Conoce entonces a los escritores de la generación de los Contemporáneos y publica sus poemas y textos en la revista Barandal que organiza con tres más de sus amigos: Rafael López Malo, Salvador Toscano y Arnulfo Martínez Lavalle. En Barandal colaboran otros miembros de su generación: José Alvarado, Enrique Ramírez y Ramírez, Raúl Vega, Manuel Rivera Silva y un joven mayor que ellos, Manuel Moreno Sánchez.

Fue testigo del debate entre la educación socialista y gracias a la turbamulta que se produce en el debate en el Consejo Universitario entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano, tiene la oportunidad de conocer a Jorge Cuesta. Aquella circunstancia casual le permite descubrir el pensamiento del fallido escritor mexicano y recibe el impacto intelectual de la profundidad de sus textos.

Acude en esos años a una comida con el grupo de los Contemporáneos, que considera una suerte de ceremonia de iniciación en el mundo literario. Nada de casual tiene, sin embargo, que algunos miembros del grupo le cuestionen la contradicción en la que pudiera incurrir por sus opiniones políticas y sus gustos poéticos. Han sido ya años de formación ideológica y política. Lee a escritores marxistas y son sus años de formación y participación política en la izquierda y en esos andares se encuentra con su amigo catalán José Bosch, quien va ejercer una gran influencia en su pensamiento libertario.

Es a este joven izquierdista a quien Paz le dedica el poema:
"Has muerto, camarada/ en el ardiente amanecer del mundo..."

Son los años de la amenaza de Hitler en Europa y de la guerra de España. Ambos eventos marcan la vida de muchos jóvenes del mundo occidental, pero de manera especial de aquellos mexicanos que por añadidura establecen una relación ideológica, política y literaria con sus pares de aquel mundo en ebullición. España se vuelve entrañable y cercana con la llegada de los transterrados y Paz establece un fuerte vínculo con varios de los escritores y poetas recién llegados a México.

Para aquella generación, el horizonte de la realidad es más de desdichas que de esperanzas; pero ellos, la generación de Octavio Paz se opone a ese escenario, la impaciencia y la pasión revolucionaria. Su actitud contrasta con la generación de los Contemporáneos, a quienes admira y de quienes se nutre intelectualmente, pero a quienes les reclama no tener "fe en el valor social de su duda" y no ejercer "su saludable escepticismo en los campos de la moral y la política" (Generaciones y semblanzas, p. 90)

En 1937 Paz viaja a Yucatán a desahogar sus vocaciones sociales. Allá recibe el telegrama de "una amiga (Elena Garro)" en el cual le avisa que ha sido invitado al Congreso Mundial de Escritores Antifascistas a celebrarse en Valencia, España.

Paz tiene entonces 23 años y se reconoce en la nueva generación literaria que aparecía en México. Se está produciendo el parteaguas de esa generación, es el fin de la ambigüedad con los Contemporáneos y el comienzo de la implantación de una nueva cuyas inclinaciones por la política de izquierda eran inequívocas. "Nuestra generación, dice Paz, era violenta como los tiempos; desde la adolescencia los extremos se disputaban nuestras almas y nuestras voluntades".

Disponível em: <<http://www.milenio.com>> Acesso em: 12/5/2008.